

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

68

LETRAS LIBRES
NOVIEMBRE 2011

PERFIL

LAS MUJERES DE CIORAN

En memoria de Franco Volpi

*Estos son mis principios.
Si a usted no le gustan, tengo otros.*
Groucho Marx

JAIME PANQUEVA

Hogar Internacional de Estudiantes del boulevard Saint-Michel, París ocupado por los nazis, 18 de noviembre de 1942. La fila para comer es larga y avanza con lentitud. Simone Boué está cada vez más cerca de lograrlo cuando un extranjero la aborda para preguntarle cómo llenar el cupón que debe entregarse antes de recibir los platos. Ella le explica con la paciencia propia de su profesión —está tomando un curso para dar clases después de haberse graduado en filología inglesa—. Él es rumano, lleva más de cinco años viviendo en París como estudiante, aunque ya supera la treintena, conoce el francés a la perfección y con esta maniobra ha obtenido dos cosas: un lugar preferente en la fila y ligar con la mujer que lo acompañará de ahora en adelante hasta el final de su vida. “Yo era

salvaje y tímida [...] Él jamás habló de mí [...] Y yo tampoco, por nada en el mundo le hubiese hablado a mi familia de él”, declaró Simone Boué en 1995, durante la única entrevista que concedió a un medio francés. Él, E. M. Cioran, abandonó Rumanía con la excusa de una beca y unos estudios doctorales que nunca terminó. Vivía en hoteles del *Quartier Latin* en la época en que costearlo no implicaba la venta de algún órgano vital. Para entonces había publicado cuatro tratados sobre su visión de la vida y la filosofía en su idioma natal, entre ellos *En las cimas de la desesperación*. Además de un tratadillo, *La transfiguración de Rumanía*, en el que no duda en declararse admirador de Hitler y exhibir argumentos de corte antisemita. Un libro del que se arrepentirá muy pronto al observar el horror desatado en su país por la Guardia de Hierro y por las tropas alemanas en toda Europa.

Cioran y Simone comen juntos, la atracción crece, ambos comparan la misma enfermedad: el insomnio. “Para el insomne no hay diferencia entre la noche y el día, sino una especie de tiempo interminable.” Se convierten en pareja, aunque siguen viviendo separados, pasean en la noche por las calles y visitan con regularidad el Café de

Flore, también frecuentado por Sartre, aunque con él no cruzan palabra. Simone conoce a sus amigos rumanos, Eugène Ionesco y Benjamin Fondane, este último terminaría su vida en un campo de exterminio algunos años después. Cioran, como lo confesará en su vejez, vivió desde su llegada a París, como un *parásito de la universidad*. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario con tal de no tener que ganarse la vida.

Al finalizar la guerra, Simone es asignada como maestra en Mulhouse, Alsacia. Cioran viaja con regularidad en bicicleta a visitarla. Trabaja en el *Breviario de podredumbre* y ha tomado una decisión crucial: abandonar su lengua materna para escribir solo en francés. El trabajo es arduo, después confesará haberlo reescrito cuatro veces. “Para mí, era verdaderamente un desafío la idea de que debía escribir como un francés, competir con los franceses en el manejo de su lengua.” Simone pronto es trasladada a colegios más cercanos a París: Orleans, Versalles y finalmente al liceo Montaigne junto a los jardines de Luxemburgo. A partir de entonces ella mecanografiará todos los escritos del filósofo, pues él solo escribía a mano.

La experiencia vital no trasciende hacia sus pensamientos y postura intelectual:

El amor, un encuentro de dos salivas... Todos los sentimientos extraen su absoluto de la miseria de las glándulas. No hay nobleza sino en la negación de la existencia, en una sonrisa que domina paisajes aniquilados.

Tras el *Breviario*, aparecerá *Silogismos de la amargura* en 1952. Un fiasco: vendió doscientos ejemplares en diez años, Gallimard embodegó toda la edición. De sus libros hoy es el que más se reedita. Entonces, el autor se negó a seguir escribiendo y Simone se encargaría del sustento de ese hogar. “Si un escritor vive con una mujer que gana dinero, es un proxeneta. En ese sentido yo también he

sido un proxeneta”, declarará Cioran décadas después. Gracias a Jean Paulhan, director de la *Nouvelle Revue Française*, quien le encargaba ensayos con regularidad, Cioran se mantuvo activo y produjo textos para posteriores libros. Lentamente sus textos encuentran lectores. Paul Celan lo traduce al alemán y lo da a conocer en su país. Dado su extremo escepticismo y crítica contra todo sistema político, sus escritos son prohibidos en Rumanía bajo la férrea influencia soviética.

Cioran piensa y escribe con la ilusión de permanecer en el anonimato y abandona su barril, como Diógenes, para dar largos paseos nocturnos por la ciudad (aunque Cioran iba desprovisto de linterna), y para conversar con sus amigos, Ionesco, Beckett o Michaux. No le interesa asumir ningún puesto académico, ni se preocupa por dar conferencias o conocer países lejanos, nunca sube a un avión. “No hago nada, es cierto. Pero veo pasar las horas, lo cual vale más que tratar de llenarlas.”

Simone mantiene la economía familiar con su trabajo de profesora y se encarga de los más mínimos detalles del hogar. A comienzos de los setenta se mudan a un par de *chambres de bonne* en el sexto piso del número 21 de la Rue l’Odéon, a unas calles de los jardines de Luxemburgo, lugar favorito de sus caminatas. La vivienda carecía de elevador y estaba conformada por un baño compartido con otros departamentos, un estudio, al que solo podía entrar Cioran, una exigua cocina y dos habitaciones que hacían las veces de comedor, sala y dormitorio.

El renombre del escritor solitario, apátrida y pesimista, del filósofo aullador, como se autodenominaba, se extiende por el mundo. Fernando Savater se encarga de traducirlo e introducir sus textos en nuestro idioma.

Iremos ahora al año de 1981. Cuando Cioran se encontraba en el umbral de los setenta años, una joven profesora de filosofía de Colonia, Friedgard Thoma, le envía una carta para expresar su admiración, compara

algunos de sus escritos con los de Büchner y Walser, encuentra su trabajo “edificante y regenerador”. Contra todo pronóstico, Friedgard recibe una carta manuscrita del filósofo escrita en un alemán bastante correcto que finaliza con una invitación a un encuentro personal en París. A vuelta de correo, Cioran recibirá un libro de regalo, una carta en la que Friedgard hace gala de su inteligencia y cultura, y una foto (gran sutileza femenina). Misma que posteriormente sabremos será el detonante de su obsesión.

El intercambio epistolar se hará frecuente y logrará su punto álgido tras la visita a París de Friedgard. Ella se aloja en un hotel cercano al departamento de Cioran y le acompaña en sus devenires por la ciudad. El filósofo viejo y escéptico aúlla, esta vez por un amor voluptuoso e imposible; sus cartas a partir de entonces nos muestran al Cioran humano, demasiado humano, quizás.

Con usted me gustaría hablar en la cama sobre Lenz. Lástima que no viva sola cerca de aquí. La alegría de haberla conocido se presenta como una prueba y también como un golpe. Me gustaría terminar con un aforismo irónico, pero no puedo.

La sensualidad en la senectud se proyecta en Cioran como un desgarrador canto de cisne. La imagen que había construido de sí mismo en sus escritos se resquebraja. “Se puede dudar absolutamente de todo, afirmarse como nihilista, y sin embargo enamorarse como el mayor idiota”, desliza en una entrevista, quizás una forma de desahogo, pues el asunto se mantuvo mucho tiempo en secreto.

El amor incandescente de Cioran se atempera a lo largo de los meses gracias a la magistral intervención de Friedgard y Simone. La amistad se conserva intacta durante más de una década. La alemana, enferma de cáncer, sigue recibiendo durante su tratamiento amables misivas del filósofo casi octogenario, que nunca la anima



•Cioran y Simone.

a suicidarse. Ella logra restablecerse, pero otra temible enfermedad empieza a devorar la memoria del viejo. En el otoño de 1992 durante una visita Friedgard lo acompaña al cementerio de Montparnasse, él desea visitar la tumba que Simone ha comprado para cuando llegue el momento. Cuando cree encontrarla se extraña de que aún no tenga su nombre. Es el último encuentro en la cordura. Menos de un año después será hospitalizado tras caer en su hogar, para ser luego internado por demencia.

Simone, tras la larga agonía de Cioran que finaliza en 1995, encontrará los cuadernos con sus escritos de los años cincuenta a setenta y hará la última transcripción para Gallimard. Una vez completado el trabajo, dos años después, la fiel compañera morirá ahogada en el mar cerca de su ciudad natal. Aunque hubo especulaciones sobre un suicidio, Friedgard asegura que fue algún tipo de accidente, pues habían planeado encontrarse nuevamente en París.

En 2001, Friedgard publica los textos de las cartas en un libro, *Un amor de Cioran. Por nada en el mundo*, editado por Weidle Verlag. En él da cuenta, con la objetividad y minuciosidad propia de los alemanes, de sus encuentros con Cioran y luego con Simone Boué, de quien se volvió amiga muy pronto. Asimismo es una fuente generosa de descripciones sobre las manías y los gustos del viejo aullador.

Según la entrevista que hice a la otrora joven profesora, el libro molestó a una antigua adepta de Cioran, Verena von der Heyden-Rynsch. Comenta Friedgard:



✦ Cioran y Friedgard.

Cioran tenía miedo de la influencia de Verena en la gran casa editora Gallimard. No osaba rechazar las traducciones que ella hacía al alemán, a pesar de ser malas, porque consideraba que Verena era muy rica e influyente.

Se inicia un juicio por derechos de autor en Múnich, hogar de Verena. Fácilmente podrán adivinar quién compareció como único testigo. En la primera instancia venció la filósofa, pero en la apelación, con la ayuda de Yannick Guillou, editor de Gallimard, quien ostentaba los derechos morales de la obra de Cioran, Verena logra que las cosas se compliquen. Una de las exigencias de los demandantes consiste en retirar ocho cartas del texto que contenían pasajes relativamente inocuos, confesiones sobre una inclinación a la bebida que nunca se cristalizó, su abandono del escepticismo, diversas expresiones de deseos poco convencionales, algunos sexuales, otros no. No se llega a ningún acuerdo. El veredicto final retira de inmediato el libro del mercado.

Por fortuna la historia no termina aquí. Un reconocido profesor de filosofía, Franco Volpi, fallecido hace un par de años, reseñó la versión alemana del libro en Italia. Unos años después del proceso judicial, unos editores se pusieron en contacto con Friedgard para ofrecer una impresión italiana que, gracias a algunas argucias legales, pudo incluir todos los textos. Al mismo tiempo se realizó

una traducción más breve en rumano, esta última también ha causado problemas. Siegfried declara:

En Rumanía se tradujo mi libro en contra de la voluntad del Sr. Liiceanu, editor influyente y autor relacionado con Gallimard... El Instituto Rumano de Cultura de Roma impidió el año pasado que diera una conferencia, y también una invitación a Viena fue bloqueada por una organización rumana. Es correcto que muchos fans de Cioran lo ven como un gurú, que debe permanecer santo en un pedestal... Pero en mi libro no lo está y ese es el principal motivo del barullo armado por Verena, Gallimard, etc.

Friedgard tiene como gran virtud haber actuado en contraposición a la Filis seductora de Aristóteles; ella supo convertir la pasión senil de Cioran en una amistad formidable con uno de los mayores gurús filosóficos del siglo xx.

Esta fue la historia de un hombre y de las mujeres que lo acompañaron y libraron batallas por preservar su memoria después de muerto. De un libro perseguido que posiblemente se traduzca al español (ese es el final que aún no vislumbro). Quizás lo más adecuado sea terminar con una nueva cita del filósofo:

Prefiero a las mujeres que a los hombres. ¿Sabe por qué? Porque la mujer es más desequilibrada que el hombre. Es un ser infinitamente más mórbido y enfermo que el hombre. Resiente más, incluso cosas que un hombre no puede sentir.

Con seguridad tras la lectura de *Un amor de Cioran*. Por nada en el mundo este tipo de comentarios adquirirá un nuevo sentido.* —

* Agradezco a Friedgard Thoma por la amable atención a mis correos electrónicos y por facilitar el material para este artículo. También a la filósofa Julieta Lomelí Balver, exalumna de Franco Volpi, por haberme introducido en este tema.

ENSAYO

LA POSIBILIDAD DE LA COMPASIÓN

✦ ENRIQUE LYNCH

En la segunda de las conferencias que J. M. Coetzee atribuye a su personaje de ficción Elizabeth Costello se afirma que la atención que prestamos a los animales está movilizadora por la compasión, sentimiento que faltaba a los alemanes y que les impidió identificarse con los seres humanos que eran trasladados como ganado para ser exterminados en los *lager* en tiempos del nazismo. Como no podían (o no querían) sentirse como ellos, los alemanes no vieron nada malo a su alrededor, lo cual les permitió convivir durante años con un régimen aberrante e inhumano.

Es significativo que en su manifestación más pura, este extraño sentimiento —la compasión— aparezca asociado a nuestra relación con seres con los que no podemos tener comunicación simbólica alguna como no sea el vínculo imaginario en virtud del cual pensamos que los animales nos quieren, nos desean, nos extrañan o nos son fieles, del mismo modo como nosotros queremos, deseamos, extrañamos y nos forjamos lazos de fidelidad con nuestros semejantes. A falta de un lenguaje común, por mucho que nos apiademos de ellos, nada nos permite asegurar que los animales sienten lo mismo que nosotros. Así pues, nuestra relación con ellos, incluso aquella que los tiene por objeto de nuestra compasión, se sostiene en una conjetura acerca de su sensibilidad.

Pero es que la compasión, como sentimiento que nos inspira la desdicha del otro, pese a ser un temple altamente valorado, es ella misma una ilusión, un estado de ánimo del que no podemos dar cuenta y razón puesto que nombra un tipo de experiencia casi imposible: sentir en carne propia el sufrimiento de los demás, algo ciertamente imaginable pero que no

parece realizable en los hechos. La compasión es un sentimiento y los sentimientos *dan mucho de que hablar*, pero no informan nada acerca del otro, cuyo estado real es siempre un misterio. Y, si no, pregúntese a cualquier enamorado: nadie puede saber si de veras es amado –de ahí que las pruebas de amor sean interminables y siempre insuficientes; y, cuando son negativas, inapelables. Una razón más para rechazar toda posición que se sostenga en la dimensión más subjetiva de los sentimientos, como, por ejemplo, la identidad nacional o genérica, las creencias religiosas o las preferencias estéticas; y no digamos la devoción por un determinado equipo de fútbol. No puedo saber cómo o cuánto sufre el otro, no puedo establecer la naturaleza de su penuria, ni puedo calcular la envergadura del dolor que siente sino por mediación de alguna teoría subsidiaria acerca de la condición miserable en que se encuentra o por una explicación que interpreta las causas y condiciones de la desgracia ajena. Cuando mucho, puedo asociar el sentimiento que me inspira el otro con una experiencia propia porque me reconozco en sus gestos. Pero ¿cómo *pensar* mi propia compasión como *pasión compartida*?

La compasión no puede definirse como una facultad que unos poseen y desarrollan –como el gusto– y que otros tienen bloqueada o adormecida; y tampoco es algo que se puede cultivar o educar. Cuando mucho, se puede formar la sensibilidad de las personas o hacerlas más abiertas o atentas, pero no se puede aspirar a mucho más. Y, en cambio, la compasión sí parece una ilusión narcisista, porque por medio de ella me atribuyo la mágica capacidad de colocarme en el lugar del otro, de *ser* el otro y de sentir como él; y de paso me doy a mí mismo la posibilidad de redimirme moralmente porque me permite ocuparme de su desgracia.

En virtud de este carácter imaginario, parecería que ser compasivo o “empático”, como suele decirse, es de la misma naturaleza que *no serlo*, ya que se funda en una misma ilusión proyectada sobre el dolor o el sufrimiento,

que es la esfera más hermética e inaccesible de la experiencia ajena. Y así, casi sin apercibirse de ello, el compasivo juega a lo mismo que el sádico, el psicópata o el asesino que, sin embargo, no parecen experimentar “empatía” alguna por sus víctimas. En efecto, aunque el compasivo y el monstruo *no hacen lo mismo*, sus respectivas acciones –unas buenas y las otras muy malas–, pese a que se oponen por su contenido y propósito manifiestos, se sostienen en una misma ilusión ilegítima: la posibilidad de representarse la (no) sensibilidad del otro y de actuar en consecuencia. Así pues, por absurdo que parezca, la compasión resulta tan común (y tan inexplicable) como la crueldad, lo que explica que nadie se extrañe si algún compasivo se convierte de pronto en un monstruo o de que algún monstruo de pronto se permita un gesto de bondad.

La prueba de que una *idea* acerca del otro determina lo que podamos sentir acerca de su esfera más íntima la da la conducta de los españoles durante la conquista y colonización de las Indias Occidentales. La doctrina de la Iglesia católica según la cual los aborígenes americanos carecían de alma –y, por tanto, no sufrían como el resto de los seres humanos– permitió desculpabilizar a los conquistadores y les autorizó a cometer las mayores atrocidades sobre las poblaciones autóctonas americanas. Pensar en los indios americanos como en seres sin alma, es decir, como animales, liberó a los dominadores hispánicos de la carga moral de la compasión y les permitió entregarse libremente a la crueldad. Exactamente lo opuesto de lo que afirma Costello/Coetzee, para quien la única manera de evitar la crueldad con los animales es reconocerles alma, aunque esto implique negar la evidencia. Werner Herzog retrató magistralmente la ilusión animista a la que apela Coetzee, en su documental sobre el llamado *Grizzly Man*, un enamorado de los osos de Alaska que, en su afán de humanizarlos, achicó demasiado la distancia natural que lo separaba de ellos y acabó devorado por un oso.

¿Qué pensar entonces acerca de la compasión como base de algunos

programas que dan a los individuos la posibilidad de convertirse en *compasivos profesionales*? En una conferencia pronunciada hace algún tiempo en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, Zygmunt Bauman sembró la duda sobre el llamado “trabajo social” cuando sostuvo que hoy en día el trabajador social profesionalizado, es decir, el individuo que se dedica a paliar de forma sistemática y organizada el sufrimiento de los demás –pongamos por caso, el enfermero o la asistente social, el médico que acoge a los inmigrantes ilegales llegados en las pateras o la trabajadora social que hace de mediadora en el conflicto que enfrenta a dos pandillas de delincuentes de los suburbios o que atiende a los drogadictos que vagan por las calles de las grandes ciudades–, es el último eslabón de una cadena de exclusión de la marginalidad; mejor dicho, es la pieza que completa un complicado engranaje que sirve para “proteger” a la sociedad tardocapitalista de los desechos humanos que ella misma produce y, por lo tanto, es cómplice en la consolidación del sistema de la injusticia y la exclusión sociales.

Bauman no duda de las motivaciones altruistas o solidarias que mueven a los *compasivos profesionales*, pero sí del papel que cumplen los programas de asistencia social, y con ello actualiza una célebre irreverencia de Sigmund Freud: la descalificación –como imposibilidad lógica y antropológica– del cristiano amor al prójimo que está en la base de la mayoría de las actividades “benevolistas” de nuestra época y que ha inspirado desde tiempo inmemorial la práctica de la caridad y los programas de reparación y atención sociales. Estemos o no de acuerdo con el pesimismo de Freud, se ha de reconocer que, en efecto, bajo la pantalla de la caridad y el amor al prójimo y la explícita voluntad de hacer el bien a los demás muchas veces se esconden propósitos egoístas o sectarios, cuando no los designios de alguno que odia en secreto a sus semejantes y más de un monstruo conspicuo: el fraile pedófilo, la maestra jardinera maltratadora, la enfermera que golpea a los ancianos que tiene a su

cuidado, el cirujano sádico o el cocinero que se queda con la comida de los indigentes que ha de alimentar, etc. ¿Significa esto que debemos deslegitimar la ayuda profesional a los demás? No, tan solo implica que, si queremos aprender más acerca de nuestras motivaciones mejor intencionadas, hay que ir más allá de los efectos positivos que reportan.

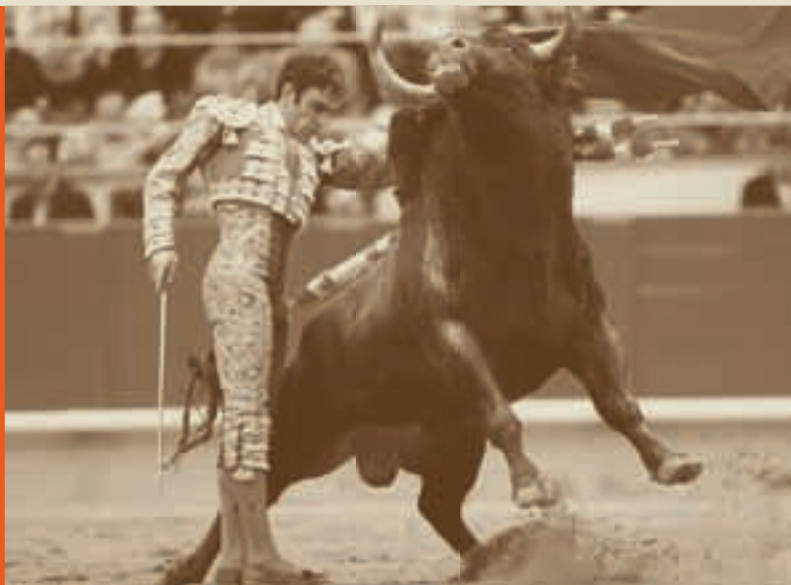
La defensa obstinada de una experiencia imaginaria —la compasión—, por otra parte, no nos libra de cometer actos crueles y despiadados y en cambio distorsiona —porque las relativiza— nuestra idea de la justicia social e individual y la representación del bien más allá del amor de uno mismo, que quizá sea la única experiencia de la que todo el mundo, sin excepción, puede dar cuenta cabal. —

TAUROMAQUIA LA GOTA MALAYA

✎ JOSÉ MARÍA ALBERT DE PACO

En la primavera de 2009, un grupúsculo animalista presentó en el Parlamento catalán 180.000 firmas para que sus señorías debatieran la idoneidad o inconveniencia de prohibir las corridas de toros. Aún faltaban más de dos años para que cuajara la prohibición, pero el abogado Oriol Trillas, taurino de pro, pegó la oreja al suelo y presintió el futuro: “Ho tenen guanyat” [Lo tienen ganado].

En mi legendaria candidez, no di crédito a sus palabras; al cabo, qué eran 180.000 firmantes sino una mera erupción gestual, una plasmación notarial de esa nueva sensibilidad que concibe el progreso, las artes y, en general, cualquier expresión de inmodestia como una presunta amenaza para la conservación de la especie; poco importa de qué especie hablemos, si el manatí de Florida, el pimiento del Piamonte o la lengua catalana. El ecologismo es un hombre vacilante ante tres contenedores de colores; se comprende la severidad y aun la adustez



+Cataluña y la lengua de los toro

de su gesto: la elección entre vidrio, plástico o papel le procura la ilusión de conservar el mundo, que es una forma grotesca de salvarlo. El hecho de que la gran aduana ideológica de los últimos veinte años no hubiera conseguido más que 180.000 firmas (entre diciembre y mayo) equivalía, a mi juicio, a una suerte de arrebató folclórico. La prohibición llegaría al Parlamento, sí, pero solo para que un puñado de rapsodas *provida* escenificara una quiebra moral, la que proclama que los animales tienen derechos, que un hombre y un perro son susceptibles de idéntico pesaje.

Trillas no cedía: “Ho tenen guanyat.”

Hoy sé ya que su desánimo poco tenía que ver con la abogacía o la tauromaquia. En realidad, era fruto de su inmenso conocimiento de la catalanidad.

Cataluña es una región que ha convertido el chantaje en una (extraña) forma de vida. Trataré de explicarme: cuando, en 1998, el gobierno nacionalista de Jordi Pujol promulgó la Ley de Política Lingüística (la que, corregida y aumentada, rige en la actualidad), el PSC y el PPC consintieron que el texto previera sanciones para aquellos ciudadanos que no se tomaran al pie de la letra lo que decía el preámbulo: “La lengua catalana es un elemento fundamental de la forma-

ción y la personalidad nacional de Cataluña, un instrumento básico de comunicación.” Han leído bien, sí: en primer lugar “inglesa” y en segundo “llave”. El hecho de que dos partidos de obediencia española trasegaran, como buenos Zipi y Zape, cucharadas soperas de aceite de hígado de bacalao, se debía a que, como ellos mismos iban gritando por las esquinas, le habían arrancado a CiU la promesa de que esa ley jamás se aplicaría. Los nacionalistas les habían persuadido de que, para amansar a sus correligionarios más exacerbados, había que consentir gestos de esa clase, pero, aquí entre nosotros, cómo demonios pretendes que multemos a un comerciante por rotular su oferta en castellano. ¡Nosotros, que encarnamos la ética del *botiguer*! El artefacto de relojería que ingenió el pujolismo acabó en manos de un filólogo de provincias llamado Josep-Lluís Carod-Rovira que, con la ley y el viento a favor, acabó multando a todo aquel que se atrevió a desafiar la evidencia de que “Todo a un euro” era un modo más barato de expresar “Tot a un euro”. Así, la Ley de Política Lingüística que no había de aplicarse porque, claro, en qué cabeza cabe que yo, que soy hijo de tenderos... se acabó aplicando.

Con los toros ha ocurrido algo parecido. No me atrevería a decir que más complejo, pero sí más

sibilino. Hace siete años, el concejal Jordi Portabella, de Esquerra Republicana de Catalunya, impulsó una insólita votación en el Ayuntamiento de Barcelona. Portabella había propuesto (¡ahí es nada!) que el pleno municipal declarase a Barcelona “Ciudad Antitaurina”. No les hurtaré un dato que todavía hoy, en mis ratos libres, me detengo a observar como quien en los museos modernos confunde el termostato con una instalación de arte conceptual: Portabella, que, al igual que la actriz Anita Obregón, había estudiado biología, era a la sazón el director del Zoo de Barcelona, un recinto donde los leopardos vivían en jaulas de quince metros cuadrados. ¡Es nuestra forma de preservar al leopardo!, clamaba Portabella cuando le reprendían por ello. Pues bien, el mismo tipo que regentaba ese tinglado pretendía que Barcelona se declarase “antitaurina”. Hay algo más. Algo que todavía me sobresalta en las noches tóxicas del verano barcelonés: es la palabra “antitaurina”. Las ciudades, por lo común, se declaran “feriales”, “olímpicas” o “poco recomendables”. Pero ninguna ciudad se colma a sí misma de atributos, sino que suelen ser hombres y aun prohombres de otras ciudades quienes los conceden. Barcelona, en cambio, se declaró a sí misma antitaurina. Como el loco que dice ser Napoleón. Porque, en efecto, más insólito que la propuesta de Portabella fue el hecho de que el Consistorio barcelonés tomara la decisión de que la ciudad (que, como dijo Shakespeare, no son sino sus hombres) fuera antitaurina. Obviamente, se trataba de una proclamación inversa. No verán a ningún Portabella pretendiendo que Londres se declare antitaurina. O lo que es lo mismo: declarar una ciudad antitaurina solo tiene sentido cuando esta es exactamente lo contrario. Abreviemos: lo que el pleno municipal aprobó fue el subtexto “Barcelona, ciudad antiespañola”.

Fue la primera estación de un vía crucis que culminaría con la

prohibición, y que se tradujo en un reguero de acometidas tan retóricas y enojosas como una gota malaya: el veto a los menores de catorce años, el intento baldío a propuesta de los comunistas de reformar la ley de protección animal para, de rondón, relegar las corridas de toros al limbo jurídico; la transformación de la antigua plaza de las Arenas en centro comercial; el visto bueno a la tramitación de la ILP y, por último, la abolición, que fue promulgada mediante un acuerdo cuyos flecos recordaron el código mafioso de esos futbolistas que afirman que “lo que pasa en el terreno de juego tiene que quedar en el terreno de juego”. No en vano, la ley contenía una coda destinada a blindar los llamados *correbous*, un festejo callejero muy celebrado en algunos pueblos del sur de Catalunya, y en el que priman la zafiedad, la ausencia de rigor estético y el maltrato deliberado a la bestia, un maltrato que carece del menor contrapeso que pueda asimilarse al arte. En eso quedó el animalismo de los diputados del PSC, de CiU, de ICV y de ERC. Por este mismo orden, dicho sea, en lo tocante a la cuota de responsabilidades. El Partido Popular y Ciudadanos votaron en contra.

Los pasados 24 y 25 de septiembre acudí, junto con otros miles de barceloneses, a los dos últimos festejos que se libraron en Catalunya. Antonio García Jiménez, “Toño Matilla”, el responsable de la gestión de la Monumental, había anunciado un entierro de lujo, con tres carteles imponentes que incluían la presencia de José Tomás. Hubo un tiempo en que José Tomás venía a Barcelona a enardecer a las masas, en lo que constituyó la última apuesta por que el toreo echara el ancla en la ciudad. Hubo un tiempo, en fin, en que José Tomás venía a torear. Ahora solo se trataba de su presencia. Un día antes que Tomás, José Antonio Morante había besado el infierno para, al punto, dar con sus huesos en el cielo. Tras dos soberbios petardazos (el segundo de ellos, abrochado con

un navajazo temblón que provocó la ira del respetable), Morante de la Puebla regaló el sombrero a la afición barcelonesa. El sevillano se abrió de capa y empezó a hilar un cuento barroco que parecía no tener cumbre: a una verónica templada seguía una eterna, y a esta una media desmayada, escultórica, insoportable. Cuando invitó a banderillar con él al Juli y a Manzanares era ya un torero *descalzo*, roto, embarcado en una de esas faenas sobre las que tiraba en sordina el quebranto *trip* de Camarón, aquel sueño lorquiano que iba sobre el tiempo.

De adolescente, yo solía ir a conciertos de rock and roll. De hecho, no había fin de semana en que no anduviera metido en algún tugurio donde actuaran tres, cuatro o aun cinco conjuntos entrañablemente fieros. Algunos de aquellos músicos eran al rock lo que los *correbous* a los toros, pero incluso en esos ambientes había lugar para la coquetería: que se sepa, nadie estaba allí para ver al grupo principal, sino por el telonero. El domingo 25 de septiembre, después de que la Monumental bajara la persiana, pensé en Morante y en Tomás, en cómo el segundo había ejercido de presunto telonero del que, supuestamente, iba a escribir el final de la plaza en letras de oro. Y me acordé, claro, de los teloneros punks de mi adolescencia. Y ya de camino al bar Gaza, acaricé la demagógica posibilidad de que un ayuntamiento regido por biólogos dodecafonistas declarase Barcelona “ciudad antirrockera”. Como en Afganistán, por ejemplo, donde también el rock está proscrito por cuestiones estrictamente morales. No descarto que mi razón, dormida, se hubiera dado a producir monstruos. Trillas acudió al rescate: “¡Ahora que empezabas a aprender!”

Para cuando el signo de admiración se posó en el suelo, yo ya me había convertido en un mariachi; en un orgulloso y modestísimo mariachi que, con sus prótesis a cuestras, no veía el momento de que llegara la primavera para poner rumbo a Francia. —

IN MEMÓRIAM

STEVE JOBS: LA VIDA SIN INSTRUCCIONES

VERÓNICA PUERTOLLANO

Nadie cuyo ordenador sea una verdadera extensión de su cerebro (y no una palangana) puede negar el impacto del diseño de la máquina en la vida diaria. Nadie que comprenda realmente lo que significa salir al frente con su inteligencia debe ignorar el caso del empresario Steve Jobs. Como suele decir Cristian Campos, sobre gustos sí hay mucho escrito.

Hace tres años me regalaron un iMac. El cuadernillo que lo acompañaba era por primera vez una elegante cortesía y no un trámite que saltarse (los libros de instrucciones ya son cosa de tipos como Ned Flanders). Uno de sus epígrafes era “La vida con un iMac”. Cristalino. Como la copa de Beatrice Warde: nada que ver con el duralex del PC. La vida pasó a ser otra cosa, en efecto. Una vida sin ruidos, sin más preguntas de las necesarias. Sin mareos. En la que para desinstalar un programa bastaba con tirarlo literalmente a la papelera. Spotlight acababa con la burocracia del Explorador de Windows.

Steve Jobs no inventó nada, piaban a las pocas horas de su muerte. Están sus patentes, pero no solo. Que hable él:

La creatividad es simplemente conectar cosas. Cuando les preguntas a las personas creativas cómo hicieron algo, se sienten un poco culpables porque no lo hicieron realmente, simplemente vieron algo. Les parece obvio solo al cabo de un tiempo. Eso es porque fueron capaces de conectar experiencias que han tenido y de sintetizar cosas nuevas. Y la razón de que fueran capaces de hacerlo es que han tenido más experiencias o han pensado más sobre sus experiencias que otras personas [*Wired*, febrero de 1996].

La ejecución lo es todo, y las intenciones mero pasto de pusilánimes, cuotas y *wannabes*. Bien lo sabe Mark Zuckerberg, tan joven: Facebook *solo* ha contribuido a urbanizar internet.

El iPad es al libro lo que el libro es al papiro. Se trata del camino que va del talento a la excelencia, pocas veces recorrido. “Construimos el Mac para nosotros mismos”, declaró Jobs a *Playboy* en 1985. Eso es clave. El genio de Jobs surgió de la observación, no del ensimismamiento. De lo primero sale un soberbio *smartphone* con un único botón. De lo segundo sale algo que intenta parecerse al iPhone. (Lo que ya no soy capaz de imaginarme es de dónde sale la inexplicable BlackBerry.)

El diseño, como decía el propio Jobs, no consiste solo en el aspecto que tienen las cosas. Es, en mayor medida, cómo funcionan; su estructura y su lógica internas. En este sentido creo que nunca se pondera lo suficiente la gran herencia de Jobs, que es la razón por la cual los clientes de Apple, y muchos de sus usuarios, no quieren –no queremos– ni oír hablar de volver al PC. No es simplemente un gusto por las estéticas algo más refrigeradas, sino algo más metódico. Los productos de Apple tienen una única dificultad: es preciso cambiar la mentalidad. Es imprescindible acostumbrarse a operar con menos obstáculos y a no tener que dar rodeos absurdos a capricho de una programación tiránica. A pagar por los servicios prestados y dejar el orgullo del ferretero para mejor causa. Todo ello tiene un impacto sorprendente en las maniobras diarias. Después, ya no resulta tan difícil ver por qué un iPad necesita un puerto USB tanto como un Cristo dos pistolas.

Pero hay algo más que acentúa el sentimiento de pérdida tras la muerte de Steve Jobs. Él defendió enérgicamente la existencia de un *target*, que es otra de las claves de



+Steve Jobs (1955-2011).

nuestro tiempo. Decidió dirigirse a un mercado específico –¡yo también soy mercado!– al que jamás “vendería basura”. Esa decisión guarda una estrecha relación con la urgente necesidad de hacer periódicos digitales para los lectores de periódicos y frenar esta rendición casi horizontal a “la arrogancia de la banalidad que exige ser tenida en cuenta”, que decía Karl Kraus con gran dignidad.

Creo que Steve Jobs no cambió el mundo, como tampoco lo han cambiado las leyes antitabaco. Pero ambos han contribuido profundamente a la evolución de la sociedad mejorando la calidad de vida de sus individuos. Porque las sociedades avanzan con reglas. Paradójicamente, lo más revolucionario que hizo Jobs fue saltarse la regla de que en internet no había reglas. Y dar la instrucción de diseñar una vida sin instrucciones. –